

menos desastrosos y fatales: la esplendorosa luz de la ciencia, viene á ser el horroroso espectro de las tinieblas, apagada la luz increada que baña con sus eternas refulgencias la esfera serenamente luminosa del verdadero saber. Es pues, el ateismo una colosal superchería que debe ser conjurada en nombre del progreso y de la ciencia.

Para concluir, diré últimamente: La negación atea se haya muy lejos de merecer siquiera sea un ligero movimiento de simpatía de parte de aquellos que veneran el progreso y dan culto á la ciencia. En consecuencia, vosotros que me habéis seguido en su examen la reprobareis indudablemente, para continuar afiliados al progreso y á la ciencia que reconocen á Dios por su faro inapagable.

He dicho.



lanuada noyon

DISCURSO

PRONUNCIADO

LA NOCHE DEL 15 DE NOVIEMBRE

DEL PRESENTE AÑO,

por el Señor Catedrático

PRESB. D. PONCIANO PEREZ,

EN LA SOLEMNE

DISTRIBUCION DE PREMIOS

DEL

Seminario Conciliar de Leon.



LEON.

IMPRESA DE JOSÉ M. MONZON.

Casa de la Condesa.

1877.

DEDICATORIA

AL ILMO. SR. DR. Y MTRO. D. JOSE M. DE JESUS DIEZ DE SOLLANO Y DAVALOS, DIGNISIMO OBISPO DE ESTA DIOCESIS &.

Ilmo. Sr.:

Me es muy satisfactorio consagrar á U. S. Ilma. este humilde discurso, no por el mérito científico y literario de que notoriamente carece, sino únicamente por mostrar á U. S. una efusion de mi gratitud. Los reflejos de la luz, son de la luz; los rios, del océano; el universo de Dios; mis pobres ensayos literario-científicos, y, sobre todo, la sinceridad de mi afecto os pertenecen inmediatamente después de Dios; dignese, pues, U. S. Ilma. aceptarlos.

Dios guarde á U. S. Ilma. muchos años.

Leon, Noviembre de 1877.

Ponciana Perez.



Ego sum via et veritas et vita

S. Juan C. 14. v. 6.

Señores:

Al presentarme ante vosotros que epilogais en estos momentos la parte mas culta de nuestra sociedad; al veros reunidos aquí para asistir á la fiesta triunfal en que van á laurearse las frentes de nuestros mas distinguidos seminaristas, os adivino el pensamiento: efectivamente progresan, dirán cuantos hayan formado hasta hoy el prototipo legítimo del verdadero desarrollo de las facultades del espíritu humano, cuantos agenos á vulgares preocupaciones, sepan ver á nuestros Seminarios un poco mas alto que el resto de la multitud. Pero tras de vosotros que sabeis apreciar con justicia una institucion científica, no por la falta de lujo intelectual ó material con que nace, ni solo por lo que aparece en el presente, sino por lo que vendrá á ser en las regiones del porvenir; tras de vosotros, digo, veo rebullirse un mundo que nos vé con miradas siniestras, es el mundo de la mentira, que siempre tiembla y se repliega cuando oye algun

testimonio de la verdad. Un poco mas allá, oigo tronar una densa nube de publicistas y filósofos que nos amenazan queriendo aterrarnos, por la sola razon de que bogamos en la navecilla humilde del pescador de Galilea; solamente porque usando del derecho sagrado de conservar en toda su pureza nuestras creencias legítimas, no nos lanzamos como incautos niños en el mar borrascoso de sus preocupaciones.

Mas por fortuna nuestra, no nos espanta esa turba de errores, y nuestra fé está muy léjos de ser quebrantada por palabras, cualesquiera que sean su prestigio y atractivo; ni nos deslumbra tampoco esa cierta pompa de sabiduría con que nos retan á cada paso los enemigos acérrimos de la verdad.

Entre esa multitud de hombres descreídos por lujo, que no conocen el catolicismo sino por las calumnias con que quieren desprestigiarlo unos cuantos mal prevenidos espíritus, hay quienes bajo el antifaz de una ilustracion de mera fantasía y palabras huecas, se atreven á sellar con la negra nota de retroceso, cuanto se hace bajo la influencia altamente civilizadora de esa institucion divina que hace diez y ocho siglos, hizo cambiar de ruta al universo.

Señores: si una institucion, sea cual fuere su base, desplomárase solamente por la multitud de palabras que contra ella se lanzan, ó por la fuerza brutal con que se la empuja; en verdad, que la institucion católica, mas que ninguna otra, habria venido abajo sin que hubiera quedado de ella piedra sobre piedra. Pero felizmente, para bien de la humanidad, por un beneficio grande del Criador, las palabras que no son la expresion de lo verdadero, no llegarán á tener nunca el peso de la verdad, siempre serán palabras sin sentido, palabras lijeras que se perderán en el vacío.

Dios, defensor de la verdad, única que puede fundar y tener

derechos sobre la tierra, ha equilibrado en todos tiempos el mundo de las mentiras con el mundo de las verdades, y ha contrareestado la fuerza con la debilidad. En los siglos de la Iglesia naciente, junto á los monstruos coronados ha puesto á los mártires: al lado de los falsos y cobardes acusadores de los cristianos descuella la valiente figura de Justino el filósofo; y, apenas acaba este de cerrar sus labios, cuando Tertuliano y Orígenes se presentan arrollando y desvaneciendo con una energía nunca oida, las calumnias con que se queria ahogar al cristianismo en su cuna. Mas tarde, contra Arrio se levanta un Atanasio: contra Juliano un Gregorio de Nazianzo y un Basilio: contra Macedonio un Ambrosio, y desde el siglo decimotercio, destella sobre el horizonte católico, el Sol de las inteligencias, el filósofo de la Teología y el teólogo de la Filosofía, el gigante Tomas de Aquino, cuya Suma inmortal enlazando en una todas las verdades, encadena todos los errores, para preparar de antemano el golpe mas formidable que en el siglo decimo sexto sufriría en sus mismas bases el cristianismo por la heregia monstruo.

Hoy desgraciadamente, aunque pasada ya la época deslumbrante del protestantismo, aunque ya no invada con furor los tronos despues del escarmiento terrible que causara donde dominó aun entendimientos de la primera gerarquía, no obstante, una guerra casi universal se levanta contra la Iglesia, guerra tanto mas terrible cuanto mas solapada; casi en todos los gobiernos actuales es muy notoria la mas ó menos tendencia de legislar eliminando arbitrariamente de su legislacion los principios católicos, únicos que forman y preparan el corazon de los pueblos para el bienestar político, social é individual, blanco indispensable que no deben perder de vista un solo instante los que hayan recibido del cielo mision tan alta de procurarlo. Y

al efecto, hemos visto en nuestros dias que se forjan leyes no solamente despreciativas del derecho divino, sino formalmente contrarias á este; leyes que no son mas que la expresion del ódio mas encarnizado contra la Iglesia, só pretexto de garantir los derechos y libertad del hombre; leyes cuya moralidad no pugna sin duda con la inmoralidad del ateo, pues á tales leyes nada importa Dios mismo.

Mil veces se ha defendido la influencia progresista del catolicismo en el régimen político y social de los pueblos, casi con una precision matemática se han enumerado uno á uno los progresos debidos á la Iglesia católica; pero hasta hoy no se ha querido entender esto, mas en nombre de la verdad, no solo es cierto que la Iglesia católica ha sido siempre fuente inagotable de progreso y de felicidad para los pueblos, sino que, como ensayaré á demostrar, fuera de ella, es absolutamente imposible definir siquiera la cuestion del verdadero progreso de la sociedad.

He aquí, Señores, una tésis que si se quiere nueva en la forma de enunciarse, en su fondo es bastante antigua y bastante práctica. Mi deber, pues, será desarrollarla, no como peregrina, sino como importante en estos dias de vértigo. Invocaré solamente los principios, é insinuaré algunos de los hechos en que se apoya. Mi ánimo, y es preciso decirlo, no será de ninguna manera combatir alguna preocupacion particular, ni defender tampoco las aberraciones de nadie, sino unicamente sostener la causa de nuestro Señor Jesucristo y de su cuerpo místico la Iglesia católica. La causa que defendiendo no puede ser propia de nadie, ni de ningun partido religioso ó político, es la causa universal que debe fijar los destinos del hombre bajo cualquier aspecto que se considere. Ojalá y fuera yo tan feliz que acertara á iniciar siquiera tan importante verdad.

Entremos en materia.

Todo en el dia, dice Mr. Laurentie, se reduce á opiniones: cada hombre tiene la suya, sobre la religion, sobre la moral, sobre la política, sobre las cuestiones mas comunes, como sobre las cuestiones mas elevadas. Y estas opiniones no son el resultado ni de un largo estudio, ni de alguna premeditacion filosófica: no se refieren ellas á algun sistema universal penosamente construido; porque cada uno adopta á la ventura una creencia ante todas cosas: esto es apenas una eleccion, ó mas bien ¿lo dire? es una especie de juego moral. Sale por suerte una opinion, y se la toma como hubiera podido recibirse una opinion contraria: no se estudia, ni se estudiará nunca lo que ella tiene de falso, lo que tiene de verdadero, lo que tiene de probable. Mas se la guarda por hábito, se la cambiaría voluntariamente por cálculo, si no se quisiera parecer constante en las opiniones: la indiferencia es quien las ha producido, la vanidad quien las conserva por algunos dias. Pero el sentimiento, la razon, el deber, todo esto es extraño á lo que se llama opinion; y entre los mismos hombres que han sido bastante dichosos para adoptar las que son racionales; cuán pocos, y es preciso decirlo, cuán pocos se hallarán, que permanezcan adheridos á ellas por uno de esos motivos poderosos y sobrehumanos, que en los tiempos de fé ligan las conciencias privadas á la conciencia universal de la sociedad!

Hé aquí, Señores, retratado á grandes pinceladas por Mr. Laurentie el verdadero caracter de los hombres de un siglo, que mas bien que de las luces, debiera llamarse el siglo de las opiniones: entusiasta por distintivo, no deja de hacer su cumplimiento á todas las innovaciones que vienen, mas no da garantias de su adhesion á ninguna doctrina; se le creería un joven en la efervescencia de sus pasiones, lleno de vigor, y con disposiciones gigantescas para entrar en la gloriosa senda del progreso, pero que solo

se divierte malgastando su rico patrimonio sin fijarse en el porvenir. Hoy, como hace tres siglos, el espíritu humano olvidándose de lo que ha sido, á pesar de tantas y tan amargas decepciones, creyendo falsamente bastarse á sí mismo, rompe sin piedad el principio católico que enlazaba en una todas las inteligencias, de cuyo armonioso conjunto brotaban raudales de luz que venian alumbrando la marcha de las nuevas generaciones á sus altos destinos. Hoy todo se reduce á opiniones, nada se quiere tener con firmeza tradicional, todo se analiza con el fin de destruirlo.

Mas entre las innumerables cuestiones que se ventilan, no hay duda que se abre paso entre todas por su magnitud é importancia la que en estos mismos momentos nos ocupa. ¿En qué consiste el verdadero progreso de la sociedad? Ved aquí la cuestion que despues de declamarse tanto sobre progreso, se encuentra aún sin resolver. Y no se crea que aún no se ensayan los publicistas en la resolucion de este gran problema de la humanidad, pues cada uno á su vez trata de resolverlo segun la escuela á que pertenece. "Para unos el verdadero progreso es el orden; para otros la libertad: para unos ocupa el primer lugar el esplendor de las ciencias y el brillo de las bellas artes; para otros la prosperidad de la agricultura, la extencion y actividad del comercio; quien se deja deslumbrar por la lujosa ostentacion del poderío de los gobiernos; quien se entusiasma á la vista de pueblos valientes y emprendedores, ufanos de sus conquistas y radiantes de gloria." Pero todas estas opiniones, que cada una de por sí, no basta ni para explicar las condiciones del problema que se trata de resolver, entrañan en su conjunto una idea única, universal, constante y uniforme; el perfeccionamiento de la sociedad en el desarrollo de la múltiple perfeccion del individuo. Hasta aquí, Señores, apenas estamos colo-

cados en el punto vago y general en que nos coloca Mr. Guizot cuando define á la civilizacion: el desarrollo de la actividad social y el de la vida particular. Efectivamente, el hombre aunque de naturaleza limitada, encierra dentro de sí un germen de perfeccion indefinida, para cuyo desarrollo cuenta con unas facultades capaces de hacerle realizar sus nobles tendencias hasta llegar á la posesion del bien infinito á que aspira. Y en esta idea generalisima de perfeccion están de acuerdo mas ó menos todos los sistemas de progreso ideados hasta hoy, mas todavia no se deslinda con precision por los decantados progresistas, qué actividad debe desplegarse y desarrollarse para conseguir este supremo bien; cuales son los medios universales, fáciles y seguros que á él conducen. En la sociedad hay actividades de diverso género y aun contradictorias, pueden tenerse á la vista distintos caminos y aún diametralmente opuestos ¿qué actividad debe desarrollarse? ¿qué camino seguirse? Y por lo que toca á la parte mas vital del progreso, existen diversos y contrarios sistemas para la adquisicion de la verdad ¿cuál debe adoptarse? Mientras estas cuestiones no se fijen con exactitud, casi nada se habrá dicho del verdadero progreso, en vano se gritará á la humanidad ¡adelante! mientras no se le diga con certeza absoluta, cómo y por qué camino debe avanzar. Mientras esto no se haga, convengo en buena hora que haya en las sociedades, movimiento, actividad, desarrollo del espíritu humano, síntomas mas ó menos de vigor social é individual; mas no convendré nunca en que cualquier movimiento, cualquiera actividad, cualquier desarrollo, sea signo evidente de que marchamos á nuestra perfeccion; sino tan solo cuando este movimiento, esta actividad, este desarrollo, constante, universal, variado y uniforme, se regularize y cuadre perfectamente con todas las legítimas tendencias que el hombre tiene á conseguir un supremo bien.

La cuestion, pues, del verdadero progreso de la humanidad debe definirse fijando con precision, cuál es el verdadero destino del hombre, es decir, cuál es su verdadero fin último, ó mas bien, á qué perfeccion debe aspirar; y acabará de definirse, si se marcan los medios únicos, fáciles y seguros para llegar á esta suprema perfeccion.

Mas desde luego se presenta la grande imposibilidad de fijar el destino del hombre, y por consiguiente, de resolver el gran problema del progreso, si las opiniones privadas se sustituyen á una autoridad universal, si una verdad universal no enlaza con una consecuencia rigurosamente lógica, cuanto deba definirse sobre el origen, naturaleza, tendencias y destinos del hombre. Estas cuestiones deben resolverse necesariamente, ó mas bien, de hecho debieron resolverse yá desde el principio en que el hombre comenzó su marcha sobre la tierra: ser inteligente, el hombre, mas bien que cualquier otro ser, no debió lanzarse á los horizontes de la existencia como el polvo fluctuante en el vacío, que puede llevarse de oriente á ocaso, de norte á sur segun el viento que lo impela: el orden es la vida de todo ser: la vida de los seres inteligentes es el orden por excelencia.

¿Quién, pues, de derecho resolverá y habrá resuelto de hecho estas necesarias cuestiones?

Señores: por mas que examinémos á los filósofos y publicistas, aunque revolbamos dia y noche todas las obras inmortales que se han escrito hasta hoy sobre el asunto, por precision nos debemos de reducir á dos únicos principios de partida para proceder al análisis del hombre. Yó veo, por una parte, una gran serie de sistemas que en todas sus vueltas y revueltas, y por mas que como otro Proteo tomen diversas faces y aparenten partir de diversos principios para la adquisicion de la verdad, yó veo, repito, por una parte una gran serie de sistemas en que

se vé á la razon sola esforzándose para resolver el destino humano, yá sea que forje el sensualismo, racionalismo, panteismo, ateismo ó escepticismo; ora tambien confesando de algun modo su impotencia, admita una autoridad sobre sí, pero siempre sujetándola á sus caprichosas veleidades; por otra, veo á una razon verdaderamente noble, que conociendo su impotencia hasta para conocerse á sí misma, vé que ella aunque sea una facultad ilustrada por la luz divina que como un rayo solar se desprende de la frente de Dios, no obstante, vé que no siempre puede usar con rectitud de esa misma luz; vé que ella no es infalible por sí; que sujetá á juzgar de las cosas y de sí misma por las especies que le suministran unos deleznableos órganos corpóreos, no es posible que forme idea cabal de aquello que no puede verse por los sentidos, y cuyo conocimiento perfecto le es tan necesario para su vida intelectual: mas breve, es la razon que admite otro principio de conocer, la luz de la fé, que se apoya en la autoridad de Dios mismo; á diferencia de la razon sin fé que se apoya en sí misma. Mas bien dicho, la primer serie de sistemas se reduce á que el hombre puede progresar sin Dios y llegar á igualarse al mismo Dios; la segunda, á que el hombre, obra de Dios, único que le ha dado tendencias inmortales, es el único que puede perfeccionarlo.

Veamos, pues, si la razon sola puede definir la cuestion del hombre.

Confieso en verdad, Señores, que van á lastimarse mas de muchas preocupaciones en la serie de esta justa é importantísima investigacion: se creará desde luego, que se trata de desplomar el trono de esa divinidad que ahora es proclamada con énfasis la única Diosa del mundo, la razon; pero advierto que no se tratará mas que de colocarla en su verdadero punto de vista: se la combate, y ¡cosa admirable! los laureles que se adquieran en este